

Viñetas bíblicas

Finalmente, la flecha

Mada Carreño

Adá era gruesa y despacios, pero Tzil-lá brincaba sobre sus dos patitas, como un pájaro. Los aretes le tintineaban libremente bajo las orejas, porque a causa de la ira y la congoja el manto se le había ido hacia atrás y no cuidaba de recogerlo. “¿Tú los mataste, tú los mataste!”, repetía, y Adá extremaba al lado opuesto del marido los aspavientos para no quedarse atrás, por una parte porque ella era la primera esposa de Lémej, y por otra porque tenía que suplir con abundancia de gemidos su interna indiferencia, ya que el muchacho muerto no era suyo sino de la otra, de Tzil-lá.

Lo que sí las encrespaba al unísono era el mismo rencor despectivo hacia el imbécil. No le bastaba ser ciego, lo cual ya trae de por sí suficientes engorros, sino además esa su torpeza de siempre. Pudo haberse quedado a la puerta de la tienda como hacen otros hombres impedidos, tomando simplemente el sol, pero Lémej no; se empeñaba en ir de caza utilizando la vista y las indicaciones del pobre chico. Tenía que suceder algo, y claro, sucedió. No era lo malo que la flecha hubiese ido a plantarse derecho entre los ojos del hombre oculto en la maleza, se trataba de un viejo que para nada servía, que nadie consideraba ya en la tribu; uno de esos individuos que viven demasiado, y para colmo un solitario, un esquinado silencioso, sin palabras. Claro que tenía su historia, ese Caín, pero todos sabían que iba a acabar por morir de un modo parecido, y murió, eso es todo. ¿A quién iba a importarle? Lo lamentable es que ese marido suyo, ese páñfilo, hubiese incurrido tras el asunto del flechazo en extremos de pesadumbre, hasta el punto de agarrar a tientas un guijarro del camino, bien redondo y macizo, y empezar a golpearse la cabeza, con tal ardor y precisión desdichada, que en uno de los intentos que hizo el muchacho para arrebatárselo acertó a pegarle de lleno en una sien. Allí cayó también Tzival-Caín, su hijo, con lo que en tan breve espacio los muertos sumaban ya dos. Resultó pues impropio seguirse golpeando ni clamar a los cielos. El asunto se había convertido en algo bastante serio, como para anonadar definitivamente a cualquiera. Alzó pues su cayado frente a las dos furias, imponiéndoles paz. “¿Oídmeme, mujeres, oídmeme! ¿Acaso maté a Caín intencionadamente? ¿Acaso golpeé al chico a propósito? Nada puede hacer el hombre cuando media el designio del Eterno”. “Sí, a veces El se sirve de un necio”, masculló Tzil-lá mientras abandonaba la presa para irse a llorar tranquilamente, en tanto que Adá regresaba a cuidar a los hijos de su vientre y Lémej iba a sentarse por fin ante la puerta, porque su vida estaba al cabo situada en el lado del sol, mientras que para otros no hubo nunca más que sombra.

El, Caín, había sido el primogénito y aquello debería significar algo, para sus padres y también para el Creador. Pero nunca fue así. ¿Por qué?, ¿por qué? ¿Qué hubo de diferente y de gracioso en la sangre de Abel? ¿Qué gota de más? ¿Acaso sus padres habían aprendido ya a amarse cuando le engendraron? ¿Habían perdido la prisa de la carne, la acucia de los primeros ayuntamientos, y tuvieron espacio suficiente para el deleite, para el juego gozoso de tocarse, de contemplarse uno al otro, cercanos y risueños? Abel era ligero y él pesado. Abel suscitaba amor y él la mirada que sopesa y considera al contrincante. Abel había descubierto que con una cañita hueca podía emitir sonidos armoniosos, tanto que provocaban la respuesta de las aves, alejaban las nubes malas, tranquilizaban al rebaño. Abel cantaba. Le estuvo oyendo cantar mientras corrían por su torso arroyitos de sudor cuando

equilibraba las pesadas piedras del altar, mientras traía sobre los hombros las crías cebadas de sus ovejas. Primero una, y otra, y otra, hasta llegar a cinco, lo que significaba, cinco veces cuatro, veinte gueraes es de cobre, un siclo entero de plata.

Y todavía, cuando él, Caín, estaba tratando de desenterrar sin romperla una hermosa laja de pizarra, todavía se acercó y le dijo: “¿te ayudo, hermano?”, con esa fácil, alegre voluntad. Sintió la náusea de los dos sentimientos superpuestos, el del amor y el del rencor unidos. Escupió, lo que podía atribuirse al polvo que se alzaba de la tierra, y le miró afirmando. Le enfermaba su placidez, su dicha gratuita. Ese nacido bajo buena estrella. ¿No había nada que pudiese hacerle descender de ahí? Ese fue el pensamiento malo, malo y justiciero a la vez, y desde entonces no se separó de su sueño, le acompañó al acostarse y al levantarse.

Ascendía el humo de la ofrenda de Abel continuo y robusto, hasta tocar las nubes, mientras que él tuvo necesidad de encender su fuego varias veces. Volvía Dios su rostro hacia su hermano, pero hacia él no se volvía, y sintió el dolor del menosprecio hasta el fondo de su entraña. Fue entonces cuando le habló el Eterno: “¿Por qué te irritas y decae tu semblante? Tú puedes dominar tu mal impulso. Si sabes soportar, te elevarás, y si no, tu pecado yacerá contigo hasta la muerte.” Palabras de sabiduría y de suavidad, ¿qué podéis vosotras ante el empuje del odio? Sólo mucho después se aprende lo que hay de inexorable en la dulzura. Era más fácil aferrar de una vez el arma y herir con ella. Y de repente sobrevino aquel silencio no oído nunca antes, el estupor ante esa sangre que no acababa de manar. Y el miedo. El terror de punzantes amenazas. En los caminos se ocultaban bandidos dispuestos a matar por robar. En cada hombre alentaba un rival decidido a arrebatarse lo suyo, a acabar con su vida. ¿Adónde huiría que no fuese agredido a su vez? ¿Cómo asegurarse contra la venganza y la muerte? Un ojo abierto continuamente le vigilaba, y ese ojo estaba dentro de él.

Había transcurrido tanto tiempo. Podía ver ahora su vida como contemplaba desde lo alto del otero la extensión abierta ante sí. Tantos actos, tantos empeños y ambiciones aplanados por la distancia, como los pliegues pequeños de la tierra. Muchos habían sido sus días, conoció a sus nietos y a los nietos de sus nietos, pero siempre fue un extraño para todos. Luchó denodadamente, como hombre. Había logrado encumbramiento y riqueza, multitud de rebaños y de siervos de que aún se beneficiaban sus descendientes. Y de todo sólo quedaba un cansancio sin razón. Aquellos años habían sido vanos, inexistentes, y ahora se hallaba en el minuto exacto en el que el cuerpo de Abel cayó con golpe sordo a sus pies.

Era dulce la mañana, extrañamente igual a aquella en que su hermano y él disputaron en el campo. Abel hizo por fin el gesto de la amistad que transige, y fue precisamente ese gesto el que armó su cólera y su brazo. Otra vez era suave el aire para llenarse con él el pecho, como antes de la sangre. Eran húmedos los olores del campo. Y era ahora también finalmente cuando comprendía. Si El le había sometido a prueba fue por amor, porque creía en su fortaleza. Y él, Caín, faltó al requerimiento, a esa suprema confianza. Toda su vida sólo había sido una larga huída, una temible espera.

Fue entonces cuando volvió el rostro hacia el lado del sol, inquiriendo, buscando la respuesta, y alcanzó a sentir el golpe seco entre los ojos.